

Pide permiso para entrar y saluda cuando te vayas

Leonela Spósito

Caminaba entre los suspiros del viento, y la sonata de los árboles. La noche estaba pesada, y las nubes de lluvia, a un paso de explotar en una advertencia, una señal clara: “no entres”. Lucía contempló la casa antes de dar el paso, como si estuviera dándose tiempo a dudar. Lejos de la ciudad, las luces eran pocas y de alguna manera, eso resaltaba el espectro de la mansión.

Los pasos de Lucía aplastaban las hojas que alguna vez fueron verdes, caídas sobre el jardín que alguna vez formó parte de la vida de la casa. Ahora solo era un fósil.

La primera regla era sencilla: “no temas de las sombras”.

Lucía no se consideraba temerosa, al contrario. Mientras caminaba hacia la casa podía ver una historia dejada en el tiempo, y si tenía suerte, ningún ladrillo le caería sobre la cabeza. Subió los peldaños, la madera sonó debajo de sus pies. Cuando abrió la puerta, las bisagras crujieron, saludándola. Voló polvo, aroma a encierro y los susurros de las historias tejidas. Solo era una casa vieja con paredes de grafiti, muebles robados y botellas y cigarrillos tirados por el suelo. Si había algo a lo que no debía temer, era a la casa.

La segunda regla era: “lo etéreo se resguarda en los detalles, búscalo”.

Lucía podía pasear por las salas de la mansión durante toda la noche, sin embargo, no era eso para lo que había ido. Quizás otro día, quizás otra noche. Subió las escaleras, mirando la sala desde arriba, se veía mejor que en fotos. Una mansión abandonada, antigua. Era una leyenda urbana. A Lucía le gustaban de esas, porque además de ser valiente, le gustaba buscar respuestas; no para demostrarle algo a alguien, más bien como una colección de experiencias. Y a veces, también, como una forma de probar que la vida era más que lo visible.

Entonces buscó un cuarto. *El* cuarto.

Lucía además de ser valiente y buscar respuestas, se llevaba mal con la muerte, o al menos empezó a hacerlo cuando llamó a la puerta de su hogar y se llevó a Nébula; su gata.

Entró al cuarto y obvió el estado de los muebles y de las paredes. Simplemente se sentó en el suelo, sobre las hojas marrones y las pisadas de polvo. Hacía frío y olía como las páginas de un libro viejo.

La tercera regla daba comienzo al ritual: “lleva en los bolsillos recuerdos tangibles”.

Dejó a su lado el hilo de plumas con el que Nébula siempre jugaba.

Iba a pedir un favor. Solo para eso estaba ahí, soportando los escalofríos, la sensación de ser observada y la vibra lúgubre. Pero no temía, no tenía que temer.

Nébula llegó un día de sorpresa, maullando en la calle, en el medio de la noche. Lucía no pudo resistirse y la llevó a su casa. De alguna forma dejó de sentirse tan sola. Alguien la acompañaba cuando estaba sola. La casa había ganado un color luminoso, un color que ahora se resguardaba en retazos.

La cuarta regla: “comparte el respeto que quieres recibir. Cierra los ojos para una mejor visión”.

El cuarto era demasiado imponente para cerrar los ojos ante él o ante la casa. Lucía se tomó unos segundos. Acarició las plumas del hilo y resistió las lágrimas. Cerró los ojos, porque quería a su gata de vuelta.

No creía en la nada después de la muerte, sin rastros, puentes, caminos que conectaran. Tenía en la palma de la mano la oportunidad de encontrarlos.

Lucía creía que entre regla y regla había un abismo. Demasiadas posibilidades para saber cuál era el modo correcto de hacer el ritual. Supuso que con tomárselo con calma bastaba.

La quinta regla: “pide permiso antes de entrar y saluda cuando te vayas”

Las fotos en internet podían estar retocadas, pero la sensación de estar sentada en un cuarto cargado de energía, creyendo que había ojos que le miraban la nuca, expuesta a lo no corpóreo de la casa, no podía retocarse. Por eso a ella le gustaba experimentar las cosas que oía, porque las fotos y los videos podían evidenciar algo, pero nada como la vivencia propia, nada como comprobar la verdad de un rumor.

Esa casa estaba llena de rumores. Si bien las historias se abrían como un abanico en distintas emociones y profundidades, ese cuarto, lúgubre y frío, no se hundía en tristeza. Rozaba la amabilidad temerosa, que antes de salir herida, atacaba. Y Lucía no quería atacar, no quería ganar seguidores molestando a los dueños de esas paredes, solo quería a su gata de vuelta. No le parecía mucho pedir.

La sexta y última regla: “la incredulidad destruye la magia. Si no crees, no funcionará. Sé paciente.”

Lucía respiró profundo, inhaló un poco de la melancolía que andaba por la casa y se relajó. O al menos, lo intentó. Los techos y los suelos crujían por la vejez. Ella

quería creer que esos sonidos eran energías atrapadas, o de paso, caminando. Sin embargo, la parte más racional de su cerebro le decía que no, que el ruido solo era abandono, que eso que estaba haciendo era una estupidez, y que la mejor solución era recurrir a un psicólogo para aprender a transitar el duelo.

Tuvo ganas de llorar, pero no quiso mostrarse tan vulnerable.

Cuando los minutos pasaban y nada ni nadie se comunicaba con ella, la idea de que eso no era real y que solo estaba evadiendo la realidad crecía. Recordó la sexta regla; tenía que creer con cada uno de sus huesos y tenía que ser paciente. Lucía además de ser valiente, buscar respuestas y llevarse mal con la muerte, era pésima para esperar.

Su mente comenzó a divagar, no podía discernir si estaba despierta o dormida, si estaba meditando, haciendo catarsis, o intentando invocar a las energías del más allá.

Una puerta se abrió y ella saltó del susto. Deseó no haberlo hecho, porque no tenía que temer, pero si había algo que no podía controlar eran las reacciones de su cuerpo. Así como tampoco podía controlar ese factor que en las reglas no aparecía explícito: la suerte.

Acariciaba el hilo con plumas, tratando de quedarse con la sensación de tener a Nébula cerca, creyendo que así podría invocar la emocionalidad que habitaba en cada uno de los entes ahí.

Sonaron pasos en el cuarto. Lucía tuvo el impulso de abrir los ojos, juntó fuerzas para no hacerlo. Un viento rozó sus brazos y se le puso la piel de gallina. Saludó con la voz de su conciencia: “hola”. Esperó una respuesta. El corazón le latía apurado. Inhaló y exhaló. Había ojos mirándola, y si su intuición no le fallaba, estaban justo en frente suyo.

Algo sonó y no pudo distinguir si fue alrededor o en su mente: “hola, hola, hola”. “Estoy, estoy, estoy”.

Quizás era la casa hablándole, una energía, su propia cabeza; no podía saberlo. Y antes de dudar y prescindir, procedió como si fuera real.

“Se llevaron a mi gata, y la quiero de vuelta”, “¿podrás traerla?”, “¿podrás ayudarme?”

Silencio.

En las reglas no decía nada sobre qué se podía pedir y qué no. No decía si debía ella dar algo a cambio. Por eso el abismo entre una y la otra. Tocaba saltar y ver qué pasaba.

En el momento en el que sintió suaves pinchazos en sus brazos, y se vio rodeada de niebla, supo que, en ese enorme quizás, lo había conseguido.

Los pinchazos parecían una mezcla de insectos picándola y el ardor posterior a un calambre. Lo aguantó.

Y no temió, porque la niebla no era sinónimo de maldad, o de miedo. No temió porque conectar con ese lado espiritual de las cosas no era dañino. No temió porque el centro del que nacían sus acciones era un amor triste.

Lucía no pudo darse cuenta de que la negación era la primera fase del duelo.

“Muerto no es ido. Muerto no es ido”. No supo qué responder, así que preguntó. “¿Qué significa eso?”.

Silencio. El hilo que los unía debía fortalecerse. Y eso no estaba en las reglas, pero Lucía lo sabía, porque ella era la base de donde las intenciones nacían.

“Cuidado con tus decisiones. Cuidado con tus decisiones”.

La temperatura del cuarto empezó a bajar. No quiso temer, porque era valiente y no había nada de lo que huir, nada de eso estaba mal. Y aun así, cuando las voces se incrementaron, su intuición empezó a decirle que lo mejor era decir adiós, e irse.

“Esperar. Esperar. Esperar”. “Muerto no es ido”. “No me dejes. No me dejes”. “Ayúdame a ir. Ayúdame a ir”.

Los pinchazos en su brazo con cada minuto se sentían más reales, más fuertes; como si los dedos que la pinchaban fueran de auténtica carne.

Eran muchas voces. Lucía no sabía si estaba escuchando a una misma entidad, o a varias.

“Huí ahora. Huí ahora”. “Deja ir, deja ir”. “Muerto no es ido”. “Esperar”. “Iré contigo”. “Sal de la casa”. “No nos dejes ir”. “Ven con nosotros”.

Pero hubo una en particular que Lucía oyó claramente. Tanto, que creyó por un segundo que no solo existía en su mente, sino por fuera de ella.

“Deja ir. Deja ir y descansará”.

Quiso llorar y ya no hizo esfuerzo en retenerlo. Antes de abrir los ojos tenía que despedirse. Sus palabras se veían débiles frente a las voces que no eran suyas. Era ella la dueña de su mente, dueña de sus pensamientos, dueña de sus puertas. Quería que funcionara como no quería nada en el mundo, sin embargo, la voz en su interior le decía que algo no andaba bien. Estaba a punto de gritarlo, gritar un adiós que pudiera sellar todas las entradas; y cuando estuvo a un paso de hacerlo, sintió una mano que la

agarraba del brazo. No era una mano amigable, porque apretaba, y estaba tan fría como un hielo.

“No te vayas. No te vayas. No te vayas”. “Ven con nosotros. Ven con nosotros”.

Abrió los ojos como un acto de defensa y tiró el brazo hacia atrás. Miró a su alrededor, estaba completamente sola. Algo a su espalda le rozó el pelo, algo cayó con furia y ante el miedo y las dudas que no debía tener, corrió escaleras abajo, hacia la salida.

Corrió pisando las hojas secas, pisando las historias, con la cara húmeda, arrastrando las sensaciones.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, volteó hacia la casa no solo para recordar que había dejado el hilo de plumas en el cuarto, sino también, que no se había despedido.

A handwritten signature in black ink, reading "Leonela" followed by a stylized flourish.